

EUROCOMUNISMO Y SOCIALISMO EUROPEO EN LA SITUACIÓN CHILENA

JOSÉ MIGUEL INSULZA

LA RUPTURA, a mediados de 1979, de la llamada "mayoría de Unidad Nacional" en Italia, generó una situación de crisis política en ese país, que el llamado a elecciones anticipadas no pudo resolver. Resumiendo la postura de su partido, en una entrevista que fue interpretada como una reiteración de la tesis del "compromiso histórico", puesta frecuentemente en cuestión en estos meses, el Secretario General del PCI, Enrico Berlinguer comentó: "Ni los republicanos, ni los socialdemócratas, ni los socialistas, quieren un gobierno de izquierda con los comunistas; pero nosotros tampoco creemos que ésta sea, en las actuales condiciones, una buena solución para la suerte de la democracia italiana. Con una DC rechazada hacia una línea de enfrentamiento, corremos el riesgo de una división del país en dos bloques, corremos el riesgo de una *situación chilena*, es decir de un "golpe" de derecha.¹

Que la perspectiva de un golpe reaccionario sea evocada por medio de una alusión a lo ocurrido en Chile seis años antes, no es extraño. El golpe de septiembre de 1973 no sólo fue, y sigue siendo, objeto de la más amplia información periodística en Europa. Al mismo tiempo, provocó la plena movilización de la izquierda y las fuerzas democráticas del continente en rechazo a la dictadura y apoyo a sus víctimas; y dio lugar a un amplísimo debate en torno a las causas que habían provocado la tragedia. En el mismo párrafo antes citado están esbozados los elementos que hacen que muchos lo consideren relevante a otras situaciones más allá de América Latina: Chile se identifica no sólo con golpe de derecha, sino con el fracaso de un gobierno de izquierda, con la división de las fuerzas democráticas y con la alianza objetiva de las fuerzas reaccionarias con el centro político. Temas todos éstos que, como veremos, estaban muy dentro del proceso político europeo en esos días y que hicieron que la "situación chilena", fuera vista como algo muy cercano.

¹ Berlinguer E. Entrevista al semanario *Stern*, reproducida en *L'Unità*, 17 de agosto de 1979. El subrayado es nuestro; la palabra "golpe" aparece en español en el original.

Desde luego, la reflexión en la cual el caso chileno viene a insertarse, se inicia en una fecha anterior. Pero es precisamente en aquellos años (que son de reflujo no sólo en Chile, sino en toda América Latina), cuando en Europa surgen fenómenos políticos nuevos, tanto de parte del movimiento comunista como de la social-democracia. Los años 1974 a 1976 son los de mayor auge del eurocomunismo. Son asimismo los años en que la Internacional Socialista, escuchando las críticas de quienes cuestionan su carácter marcadamente eurocéntrico, se abre hacia el Tercer Mundo, particularmente hacia América Latina. Su pretensión no es sólo la de buscar partidos afines, sino la de proponer una respuesta e incidir directamente en la política de la región. Ambos procesos, el primero por su novedad teórica, el segundo por la fuerza de los instrumentos gubernamentales y privados con que cuenta la Internacional, han tenido un peso en la política chilena, en especial en el desarrollo de su izquierda en estos años.

Pretendemos, en este trabajo, examinar brevemente ambos aspectos de la cuestión. En primer término, cómo interpretó la izquierda europea el golpe militar en Chile y de qué modo se vincula este análisis a su política concreta. En segundo lugar, la forma y medida en que los más recientes desarrollos del eurocomunismo y la política de la social democracia han influido sobre la izquierda chilena.

Trazar un paralelo entre ambas corrientes es, en todo caso, imposible: la social democracia es una fuerza internacional, con aspiración de vigencia en todas partes, e instrumentos para ejercer su política. El eurocomunismo no tiene propiamente una política hacia otros continentes, ni instrumentos con los cuales llevarla a cabo. Su influencia es sólo ideológica, teórica, mientras la de la Internacional Socialista se da en un terreno mucho más práctico. La distinción se verá reflejada claramente en nuestro análisis.

1. SOCIALISTAS Y COMUNISTAS ANTE LA EXPERIENCIA CHILENA

La atención particular con que las principales fuerzas de izquierda de Europa miraban al Gobierno de la Unidad Popular, se explica fundamentalmente por su rasgo más característico: el de ser una experiencia, inédita hasta ahora, de transición al socialismo por una vía democrática. La forma en que fue elegido Allende, el hecho de que la base política de su Gobierno estuviera constituida por fuerzas de distinto origen social y de diversa connotación ideológica, su énfasis en el respeto de la legalidad y el carácter nacionalista y revolucionario de las transformaciones por él emprendidas; eran todos rasgos que hacían de él un modelo interesante para fuerzas que, desde hace tiempo, aceptan que su llegada al poder sólo puede producirse por vías similares.

En el caso de la social-democracia, la tendencia fue siempre la de mirar, más que nada, a estos rasgos externos, con el fin de afirmar una identidad, que un análisis más detenido de la situación no habría justificado. En efecto, si tomamos como rasgos característicos del proyecto social-demócrata su aceptación de la democracia liberal y su aceptación de la relación de fuerzas existentes en la sociedad, sin proponerse alterarla en función de una hegemonía de la clase obrera,² es evidente que el proyecto de la Unidad Popular no le es asimilable. La Unidad Popular pretendía precisamente avanzar hacia la transformación del Estado con sentido socialista, es decir, se proponía la hegemonía obrera como la culminación de las transformaciones socioeconómicas y, aceptando formas democráticas, ponía énfasis sobre todo en la participación de masas como principal expresión de esas formas. Si bien su proyecto de transformación del Estado nunca fue demasiado explícito (y es posible que ello haya estado en la base de su derrota), ninguno de sus partidos pretendía mantener de modo permanente el carácter democrático liberal del Estado chileno.

No es, en todo caso, nuestro propósito entrar aquí en el análisis del carácter real del Gobierno UP. Basta afirmar que, desde el punto de vista de la social-democracia había una identificación, al menos aparente, con sus propósitos, sobre la base de los rasgos externos que hemos descrito. En base a tal identificación, los socialistas europeos vivieron también como propia su derrota, que, desde su punto de vista, vino a poner en cuestión la posibilidad de transformaciones socialistas por la vía democrática.

“Los sucesos de Chile han evocado ansiosas dudas respecto del camino democrático al socialismo en América Latina”,³ dice Anthony Crossland, reflejando este sentimiento generalizado. En una perspectiva aún más amplia formula la misma cuestión Willy Brandt en su discurso ante la Asamblea General de Naciones Unidas, apenas quince días después del golpe en Chile: ¿“Pero entonces, una vez que aparece para algunos inaceptable un cambio mediante la reforma, será necesario admitir que sólo de la revolución puede surgir la reforma verdadera?”⁴ Puesta en estos términos, la pregunta aparece más clara: se trata de determinar si Chile constituía efectivamente esa experiencia de reforma, y hasta qué punto demuestra que esa posibilidad está cerrada en América Latina y otros continentes.

En la respuesta a esta cuestión, la social-democracia dista mucho de

² Véase entrevista a Ernesto Laclau, en *América Latina: estudios y perspectivas*, núm. 1. México, abril de 1979, p. 123.

³ Anthony Crossland, “La Social Democracia en Europa”. Conferencia dictada en San José Costa Rica, 9 de octubre de 1975. Reproducida en *Nueva Sociedad*, n. 23, marzo-abril 1976, p. 49.

⁴ Citado por el autor en su discurso inaugural de la Conferencia sobre Perspectivas de la Democracia en Chile, Rotterdam, septiembre de 1977. Mimeo, p. 1.

tener una posición única. Habrá quienes, manteniendo su solidaridad hacia Chile, buscarán distanciarse del Gobierno Allende en lo específico, criticando sus errores, y quienes seguirán identificándose con él y atribuyendo su caída a la reacción interior y exterior de los intereses económicos a los que ese Gobierno afectaba. Un ejemplo de la primera actitud lo encontramos en el propio Brandt, quien en sus memorias, luego de citar el párrafo de su discurso ante la ONU, comenta "lo absurdo de una reivindicación socialista que luego no se demostró a la altura de sus tareas económicas, orgánicas y, probablemente, incluso políticas".⁵ En una perspectiva diversa se ubica Felipe González: "Cuando en algún país latinoamericano, algún gobierno nacionaliza determinados sectores vitales de la economía, se produce una agresión de parte de los desposeídos que... tratan de desestabilizar a los gobiernos que han nacionalizado los bienes, de frenar su anhelo, no sólo de democracia política, sino también de democracia económica... Esa es la razón profunda de la gran tragedia chilena".⁶ En un sentido similar, Olaf Palme atribuye la caída de Allende a la intervención de la derecha y los Estados Unidos, lo reivindica por "haber puesto en marcha una impresionante labor reformadora bajo el signo del socialismo democrático y condena a quienes pretenden "sostener que el golpe militar fue, en realidad, una consecuencia lógica de la política socialista de Allende".⁷

En todo caso, es difícil encontrar en textos de políticos social-demócratas un análisis más a fondo de la experiencia chilena. Hacerlo significaría, en la práctica, entrar a señalar diferencias con la Unidad Popular, que pondrían en cuestión la identificación que se realiza en términos generales. Éstos bastan a la social-democracia para afirmar tres conceptos, que son la base de su política: 1) El rechazo a la ruptura democrática y, por consiguiente a la política intervencionista que la fomentó; 2) Su solidaridad general con las fuerzas democráticas chilenas; 3) La necesidad de desarrollar, también en Chile, una alternativa democrática que supere los peligros de una ruptura con el imperialismo y se apoye, por tanto, en una amplia coalición de fuerzas con claro predominio no comunista y en una política moderada. Sobre estas bases se desarrolla en los años sucesivos la política social-demócrata hacia Chile, que examinaremos más adelante.

El análisis del caso chileno es mucho más amplio y profundo en el movimiento comunista de todo el mundo. No existe prácticamente ningún partido que no haya emitido al respecto un pronunciamiento. "Los comunistas —dice Boris Ponomarev— saben extraer ense-

⁵ Willy Brandt. *La política de un socialista*. Milano, Garzanti, 1978, p. 630.

⁶ Felipe González. Entrevista a *Nueva Sociedad*, núm. 24, mayo-junio 1976. p. 6.

⁷ Olaf Palme. *Profesión de democracia* (discursos políticos) Estocolmo, sin fecha. pp. 110 y 111.

ñanzas también de las derrotas. El estudio de la experiencia de la Comuna de París y de la revolución rusa de 1905, revoluciones armadas que fueron derrotadas, permitió, como es sabido, elaborar una estrategia y una táctica victoriosas que aseguraron el triunfo histórico mundial de octubre de 1917. En la situación actual, los sucesos de Chile, que ofrecieron la primera experiencia prolongada de desarrollo "pacífico" de la revolución, tienen un gran valor para los marxistas-leninistas desde el punto de vista del perfeccionamiento de la estrategia y la táctica revolucionarias."⁸ Y en realidad, el símil con la Comuna y con 1905 no parece exagerado, si se tiene en cuenta el carácter de "hecho de alcance mundial" (Berlinguer) que todos los partidos comunistas asignaron a lo ocurrido en Chile.

El punto de partida común a todos los análisis, es que lo ocurrido en Chile no invalida la posibilidad de desarrollar un proceso revolucionario por medios no violentos. De allí la necesidad de centrar el estudio en las condiciones necesarias para que tal proceso tenga éxito, es decir en la correlación de fuerzas. En este punto, aunque no de modo explícito, los caminos se separan. Una primera vertiente es la posición asumida por el Partido Comunista de la Unión Soviética. En esta interpretación, la vía pacífica tenía vigencia sólo hasta el momento en que sus adversarios demostraron su decisión de derrocar por cualquier medio al gobierno de la Unidad Popular. En ese momento, la incapacidad de la revolución chilena de arbitrar los medios suficientes para defender sus conquistas, fue el factor que decidió su derrota. "La tragedia de Chile —dice Breznev— en modo alguno ha descartado la deducción de los comunistas de que son posibles vías distintas de la revolución, incluida la pacífica, si para ello existen las condiciones imprescindibles. Pero ha recordado imperiosamente que la revolución ha de saber defenderse."⁹ En el mismo sentido, en un examen mucho más amplio de la cuestión, Boris Ponomariov concluye que "la garantía del desarrollo pacífico de la revolución no es sólo una correlación de fuerzas sociales bajo la cual la burguesía no se atreva a desatar la guerra civil, sino también la constante disposición de la vanguardia revolucionaria y de las masas (no verbal, sino práctica) para aplicar los medios de lucha más resueltos si la situación lo requiere."¹⁰

Distinto es el punto de vista con el cual los partidos comunistas de Europa Occidental miran el problema. Ello no sólo por un problema teórico, sino también por una consideración realista: la posibilidad de aplicar formas distintas de lucha les parece cerrada o al menos extraor-

⁸ Boris Ponomariov. "La Situación Mundial y el Proceso Revolucionario". *Revista Internacional*, núm. 6, 1974, p. 8.

⁹ Leonid Breznev. "Informe al XXV Congreso del PCUS", 24 de febrero 1976. Editado por el P. C. Cubano. Habana, 1976. p. 44.

¹⁰ Ponomariov, *op. cit.* p. 8.

dinariamente difícil. En la medida en que se acepta este punto de partida, es obvio que el examen de la "correlación de fuerzas sociales bajo la cual la burguesía no se atreva a desatar una guerra civil", adquiere carácter imprescindible.

El partido europeo occidental que con mayor profundidad ha discutido el caso chileno es, sin duda, el Partido Comunista Italiano. Ya a los pocos días del golpe, surge en el PCI un amplio debate sobre el tema, puesto al centro por un artículo de fondo de su secretario general.¹¹ Que este artículo, tomando como punto de partida lo ocurrido en Chile, contenga una propuesta estratégica para Italia, demuestra a las claras hasta que punto la tragedia chilena fue relevante para ese partido.

Hay numerosos factores que pueden explicar este interés. A los ya mencionados y válidos para todo el continente, se agregan algunos que tienen relación con la particular situación italiana en esos años. La grave crisis económica y social ha agotado la experiencia de centro-izquierda y la incapacidad del partido gobernante de proponer fórmulas alternativas ha generado la crisis política. La agitación popular, el descontento juvenil, la creciente desafección de muchos respecto del sistema y el surgimiento de tendencias dispersivas en la izquierda, exigen al PCI la formulación de una propuesta política que, junto con ser viable, reivindique su derecho a participar en la dirección del país. Las bases centrales de esa línea ya están delineadas con anterioridad a septiembre de 1973. Pero la argumentación a partir de la experiencia chilena constituye un factor valioso de reafirmación.

Los principales elementos están contenidos en el artículo de Berlinguer. El punto de partida es la consideración de la intervención abierta de los Estados Unidos en el golpe militar. "El reconocimiento de la tendencia de fondo que se va afirmando en el proceso histórico mundial ... no impide constatar ... que el imperialismo internacional y las fuerzas reaccionarias de muchos países están en condiciones de contener la lucha emancipadora de los pueblos y, en ciertos casos, infligir duros reveses a las fuerzas que animan esta lucha".¹² Tal reacción es posible sobre todo en aquellas áreas que la política de bloques (que es anterior al proceso de distensión) puso en manos de los Estados Unidos. Allí no se da la posibilidad de desarrollar procesos que no estén en condiciones de corregir de modo sustancial, en base a la fuerza interna, esta condición externa desfavorable. "Se trata, ante todo, de modificar las relaciones internas de fuerza en una medida tal, que se desalienten y se hagan vanas todas las tentativas de los grupos

¹¹ Berlinguer *Riflessioni dopo i Fatti del Cile*, *Rinascista*, núms. 38-39-40, septiembre y octubre de 1973. Reproducido en *I Comunisti Italiani e il Cile*. Roma, Editori-Riuniti, 1973.

¹² *Idem*, p. 9.

reaccionarios internos e internacionales de subvertir el cuadro democrático y constitucional, ...".¹³ Ello supone proponerse una política que recoja todas las fuerzas disponibles y que articule orígenes sociales e inspiraciones ideológicas diversas de modo orgánico. "Nuestra tarea esencial... es extender el tejido unitario, recoger en torno a un programa de lucha ... la gran mayoría del pueblo... Sólo esta línea y ninguna otra puede aislar y derrotar a los grupos conservadores y reaccionarios, puede dar a la democracia solidez y fuerza invencible, puede hacer avanzar la transformación de la sociedad."¹⁴ Berlinguer está, desde luego, refiriéndose, a estas alturas, a la situación italiana, pero a partir de lo ocurrido en Chile. Su análisis lo llevará, en último término, a proponer, por primera vez con estas palabras, la fórmula del "compromiso histórico", que centrará la política futura del PCI hasta hoy.

Otros dirigentes italianos recogen en numerosos artículos los conceptos de Berlinguer, más directamente referidos a Chile. En términos generales, el discurso es el mismo: la experiencia de vía pacífica no ha quedado invalidada, pero exige una especial atención la formulación de proyectos que partan de la base de mayorías amplias. En el caso específico de Chile "... todos los datos indican que la ruptura reaccionaria pudo ocurrir haciendo uso de dos elementos interdependientes: la ruptura entre clase obrera y clase media en el plano social, la contraposición frontal entre Unidad Popular y Democracia Cristiana en el plano político. Ambos elementos fueron adecuadamente maniobrados... pero es difícil evitar la impresión de que hayan influido también errores de gobierno y de actitud política de la Unidad Popular."¹⁵

En una interpretación similar del fenómeno se mueve el Partido Comunista de España. Hay, no obstante un factor que se agrega y no como un mero complemento. En el análisis del PCI falta, en términos generales, toda alusión al problema de la transformación del Estado, de modo de impedir su uso por parte de los sectores reaccionarios. Santiago Carrillo pone en cambio esta cuestión al centro de su opinión: "La experiencia chilena demuestra que el hecho de que las fuerzas socialistas vayan al Gobierno no resuelve el problema del poder del Estado. Puede haber un Gobierno socialista y un aparato de Estado capitalista. Este dualismo comporta el riesgo de que la contrarrevolución utilice el aparato del Estado para boicotear la actividad del Gobierno y, en definitiva, derribarlo."¹⁶ El punto, plenamente perti-

¹³ *Idem*, p. 13.

¹⁴ *Idem*, p. 19.

¹⁵ Adalberto Minucci, "Egemonia e Trasformazione". *L'Unità*, 24 de octubre 1973. Reproducido en *I Comunisti Italiani e il Cile*, op. cit., pp. 136-137. La misma recopilación contiene trabajos de Bufalini, Ingrao, Pajetta y otros dirigentes del PCI.

¹⁶ Santiago Carrillo. "Informe sobre el Manifiesto Programa del Partido Comunista de España". Reproducido en Ignazio Delogu (comp.) *La vía Europea al Socialismo*. Roma, Newton Compton Editori, 1976. p. 112.

nente a lo ocurrido en Chile, se complementa con el análisis de la cuestión del consenso democrático en el análisis eurocomunista.

En la medida en que la lección de Chile, interpretada de este modo, avala la política de unidad amplia de los eurocomunistas, explica, como hemos dicho, el interés con que es examinada. Ello puede también explicar, a la inversa, porque no hay de parte del tercer partido eurocomunista, el partido Comunista Francés, una preocupación similar. El golpe en Chile sorprende al PCF en medio de una campaña política, en que propone como alternativa de poder el Programa Común de la izquierda. La derrota de la Unidad Popular podía servir, en realidad, más para debilitar tal propuesta que para apoyarla. De allí que, adoptando una actitud de franca y clara solidaridad, el PCF no haya ido muy lejos en el análisis de las causas de su derrota y haya puesto un énfasis mucho mayor en diferenciar la situación de Chile de la de los países europeos. Ello sin perjuicio de centrar la cuestión también en el problema de la correlación de fuerzas, más que en un rechazo de la alternativa pacífica.

2. LA SOCIAL-DEMOCRACIA EN LA POLÍTICA CHILENA

Señalábamos al comienzo que los años setenta han marcado un vuelco en la política de la Internacional Socialista con respecto a una tendencia eurocentrista, que caracterizó su accionar anterior. Ello no significa que algunos partidos miembros de la Internacional no hayan hecho, desde antes, excepción a esa tendencia. El Partido Social-Demócrata Alemán, en concreto, tiene una acción mucho más antigua en Latinoamérica y cuenta con recursos orgánicos y materiales sólidos para desarrollarla. Pero lo nuevo de la situación es la presencia de la Internacional en cuanto tal. Habrá quien sostendrá, con no poca razón, que la incidencia del SPD en ella hace la distinción algo difusa. Pero la diferencia existe, sobre todo por el peso que otros sectores, sea del socialismo del Sur de Europa, sea nórdicos, ejercen y por la mucho mayor cercanía que ambos sectores han mostrado respecto a la izquierda chilena.

Desde un punto de vista formal, la acción de la Internacional Socialista respecto a Chile debería ser fácil de describir. El Partido Radical de Chile es miembro de esa organización; su presidente integra incluso su dirección en calidad de vicepresidente desde hace cinco años; y las relaciones de ese Partido con los demás miembros son sólidas y estables.

Por varias razones, sin embargo, la descripción se hace más compleja. En primer lugar, la Internacional Socialista desarrolla una política respecto de Chile como conjunto. En ese marco se inscriben las numerosas acciones de solidaridad que ha llevado a cabo, desde la delegación

que visitó Chile pocos días después del golpe (la primera en llegar a la tumba del presidente Allende), hasta la participación en numerosos eventos como la Conferencia de Solidaridad Europea en París en 1974 y la Conferencia Mundial de Madrid en 1978, hasta la reciente delegación encabezada por Felipe González, cuyo ingreso al país fue prohibido por la dictadura. Tras estas acciones existe una perspectiva más global, que, aunque vinculada a la relación bilateral, no puede explicarse sólo por ella.

La globalidad del proyecto puede verse más claramente si se examinan otras acciones más directamente políticas. En ellas no predomina, sin embargo, una línea absolutamente definitiva. De hecho la Internacional ha impulsado algunas acciones que coinciden con la política de unidad amplia de las fuerzas de izquierda. La más significativa fue el Seminario sobre Chile auspiciado por la Internacional en Rotterdam en septiembre de 1977, presidido por el propio Brandt, al que fueron invitadas todas las fuerzas de la Unidad Popular, sin excepción, y la Democracia Cristiana (que no asistió). En las generalidades de los casos, sin embargo, la Internacional ha preferido fomentar el diálogo y el entendimiento entre algunas fuerzas de izquierda y de centro. Importante ha sido en este sentido el rol del SPD, tanto dentro como fuera de Chile. La tendencia de muchas de esas iniciativas revela la intención de patrocinar una alternativa de centro izquierda, que algunas fuerzas en el país (en especial la Democracia Cristiana) proponen y que, por cierto, se aproxima más al diseño general de la social-democracia para América Latina.

Si tal proyecto no se ha hecho explícito hasta ahora es por la subsistencia de la Unidad Popular, es decir, la alianza de las fuerzas de izquierda chilenas, de la cual forma parte el Partido Radical. Es difícil para la Internacional Socialista y para cualquiera de sus partidos aparecer abiertamente patrocinando una alternativa diversa de la que postula su partido integrante. De allí que su acción en este plano no haya sido, hasta ahora, totalmente definida.

Al mismo tiempo, la Internacional ha buscado ampliar su ámbito de influencia dentro de la izquierda chilena. En principio no hay exclusiones, salvo la obvia del Partido Comunista. Todos los demás partidos de la Unidad Popular fueron invitados al último Congreso de la Internacional en Vancouver. Pero es natural que el objetivo más interesante sea el Partido Socialista, principal fuerza numérica, de la izquierda chilena que, manteniendo con la Internacional alguna relación, nunca la ha integrado y se define, a partir de 1968, como partido marxista leninista. A pesar de ello, la Internacional y sus partidos han dado atención preferente al Partido Socialista; Han tendido, al menos en el caso de los escandinavos y de los del sur de Europa a considerarlo como un partido afín y le han dado apoyo en sus actividades concretas. Con todo, la posición general del PS no ha variado, ni en lo nacional

ni en lo internacional y los grupos que, dentro de él, se definen como social-demócratas, siguen siendo ampliamente minoritarios.

Se ha pretendido ver, en la reciente crisis sufrida por el Partido Socialista de Chile, la mano de la Internacional Socialista. En realidad, el apoyo que hasta ahora han prestado algunos partidos al sector que encabeza Carlos Altamirano ha sido ostensible.

El Partido Socialista Italiano y el PSOE, por ejemplo, le dieron reconocimiento y apoyo inmediato. Tal actitud ha sido explicada hasta ahora por una mayor proximidad objetiva, sobre todo en el plano internacional con este sector, que, sin duda, se aparta más del campo socialista de lo que ha sido en los últimos años la política del PS de Chile. Con todo, no puede decirse que el sector que encabeza Altamirano haya alterado la línea tradicional del Partido en general, o se haya aproximado a la social-democracia. Sí puede decirse que la división favorece, en manera práctica, el diseño de la Internacional de ampliar su influencia y contacto hacia otras fuerzas de la izquierda más allá del PR, a la vez que, por las repercusiones que provoca en la Unidad Popular, abre espacio a su propuesta general de salida de centro-izquierda.

Existen, finalmente, una serie de grupos que, a la derecha del Partido Radical, se proclaman social-demócratas. Paradójicamente, son los únicos grupos que, en Chile, se autocalifican así. El propio Partido Radical declara su pertenencia al "ala socialista de la Internacional"¹⁷ y no ha aceptado jamás, para sí, la calificación de social-demócrata. Menos aún la aceptarían los miembros del PS que más se acercan a esas posiciones. No obstante, estos grupos de centro no son objeto de consideración por parte de la Internacional. Ellos corresponden, por lo general, a escisiones del propio Partido Radical, cuyo peso es escaso y que se mueven en la órbita de influencia de la Democracia Cristiana chilena. Si bien a algunos en la Internacional, el contacto con este sector puede parecer interesante —y de hecho el SPD mantiene una relación con la DC, limitado por la relación de ésta con su congénere alemana— la precariedad de los grupos "social-demócratas" hace que en caso alguno parezcan una real alternativa a los socialistas o radicales.

En resumen, la social-democracia mantiene, hacia Chile, tanto una política global como una esfera de influencia específica. En lo general, se coloca frontalmente contra la dictadura existente y se inclina a apoyar una salida de centro izquierda, sin que esta postura sea demasiado explícita, por no corresponder al punto de vista del Partido Radical. En lo más específico, tiene una área de influencia que va desde grupos del Partido Socialista hasta grupos de centro, escindidos del radi-

¹⁷ Para una descripción de la ubicación del PR en la Internacional, véase la entrevista a Aníbal Palma publicada en Chile-Informativo (publicación del Cte. Chileno de Solidaridad en Cuba, editado también por Casa Chile en México), núm. 155, octubre 1978.

calismo. No ha habido de su parte una opción acerca de qué grupo apoyar de modo exclusivo. Probablemente no la habrá en el futuro cercano, en la medida en que ninguno de los partidos de esta área está en condiciones, por sí solo, de pesar de modo decisivo en la situación chilena. Lo más probable es, pues, que la Internacional mantenga su actual postura, buscando un mayor vínculo con el PS, o al menos con una parte de él y usando los recursos de que dispone para empujar un acuerdo entre su sector de influencia y la Democracia Cristiana.

3. LA INFLUENCIA DEL EUROCOMUNISMO

Los mejores años del eurocomunismo parecen haber pasado. Lejos están los tiempos en que una gran masa concentrada en la Porte de Pantin en París, escuchó por primera vez al Secretario General de un Partido Comunista, pronunciar el término "eurocomunismo", dando así nacimiento oficial a un movimiento cuyo destino aparece hoy cuestionado. Los problemas entre el PCE y el PCF por el ingreso de España al Mercado Común, la baja electoral del PCI y, más recientemente, la ruptura abierta del PCF con sus dos aliados en torno al problema de Afganistán, parecen señalar, al menos, una baja ostensible en la política común de los tres partidos principales del eurocomunismo.

Mirada desde otro punto de vista, tal baja puede ser más aparente que real. Porque más que una política concreta, el eurocomunismo identifica una tendencia nueva en el movimiento comunista, que se plantea de modo diverso frente a los principales temas que hoy se discuten en su seno: la relación entre democracia y socialismo, la forma de realizar la hegemonía obrera, la concepción estratégica de la política de alianzas, la valoración del socialismo real, el concepto del internacionalismo proletario y la mayor o menor autonomía de los partidos comunistas, son sólo algunos de estos temas. Y en todos estos planos, no cabe duda que las ideas del eurocomunismo han incidido mucho más allá incluso de las fronteras de Europa y alcanzado a partidos, organizaciones afines e intelectuales de otras latitudes. América Latina, y Chile en particular, no han estado ausentes de esa influencia.

En la medida en que tal influencia se da en el plano puramente ideológico, ella es más difusa y difícil de identificar. En primer término, porque en lo que generalmente se entiende por eurocomunismo, van incluidos tanto el pensamiento teórico de Gramsci, como la línea política que Togliatti (y en cierta medida Thorez) trazó hace años, como las postulaciones más recientes de los partidos italiano, francés y español.

En segundo lugar, porque no basta que dos fuerzas tengan posturas similares, para que de ello se saque la conclusión automática de que

la línea de una ha influido en la del otro. En los hechos podría tratarse de desarrollos paralelos, producto de experiencias históricas similares. Quien crea ver, por ejemplo, en la postura democrática del Partido Comunista de Chile alguna influencia reciente, sólo necesita examinar brevemente la historia de Chile, para darse cuenta de que esa postura data de varias décadas.

Hechas estas prevenciones, diremos, en términos generales, que la temática y las propuestas eurocomunistas han tenido clara influencia en la discusión política de la izquierda en estos años. Ello es, en primer lugar, evidente en el plano teórico: el interés por el estudio de Gramsci —casi desconocido en Chile diez años atrás— no es solamente propio de círculos intelectuales, sino que alcanza también a dirigentes y organizaciones partidarias.¹⁸ El uso abundante del léxico político “eurocomunista” en la discusión de los temas relativos a la democracia y a la política de alianzas, por ejemplo, es más que ostensible. Se podrá decir que éstos son sólo signos externos: pero, aun si no implicaran cambio real en la política, estarían dando cuenta de una inquietud, enfrentada por las direcciones al menos de manera formal.

El hecho no tiene nada de extraño: la izquierda chilena sufrió, en 1973, la mayor derrota de su historia. Hasta entonces, el desarrollo de la lucha de clases en el país y los avances experimentados en el plano político habían ocultado una gran precariedad teórica, una falta de reflexión acerca de las particularidades de la formación social chilena y de su sistema político. A una práctica novedosa y abierta se unía una formulación teórica ortodoxa y antigua, que no servía para explicar la política adecuadamente. Esto fue posible mientras esa política rendía sus frutos. Pero el golpe plantea la necesidad de reexaminar una serie de temas, en una nueva situación en que la forma de enfrentar a la dictadura es la unidad amplia y el principal anhelo de las masas es la democracia.

Al enfrentar éstos y otros asuntos, se cae de hecho en la temática levantada también por el eurocomunismo. Lo importante es saber hasta qué punto, más allá de los temas y los conceptos, existen coincidencias de fondo. Para ello examinaremos tres temas: la interpretación de la derrota de la UP, la propuesta de unidad antifascista y la concepción democrática.

Existen dos criterios generales posibles para examinar lo ocurrido en Chile: el primero es el cuestionamiento de la línea misma, es decir, de la fórmula política de la Unidad Popular; y el segundo es el que,

¹⁸ Para ejemplos de reflexiones inspiradas de modo directo en las corrientes en estudio, véase p. ej. J. A. Viera Gallo, “Chile: una crisis en perspectiva”. *Chile-América*, núm. 10-11, Roma 1975; la respuesta de Jorge Arrate: “Una Perspectiva ‘Gramsciana’ de la Crisis Chilena”. *Idem*, núm. 25. También el trabajo de Tomás Mouletto, “Democracia, socialismo y proyecto nacional popular”. En M. A. Pérez (ed.) *Futura institucionalidad de la paz en Chile*. Santiago, Cisc, 1977.

partiendo de la base de que existía una política general correcta, sostiene que una serie de errores y desviaciones la hicieron fracasar. La postura de toda la Unidad Popular ha sido siempre la segunda; de allí que su atención haya estado particularmente centrada en el problema de las desviaciones y en las dificultades para alcanzar la unidad de dirección suficiente para llevar a buen término el proceso.

Se parte de la base, por cierto, de que la derrota de la Unidad Popular fue antes política que militar; se pone de relieve el aislamiento alcanzado por la clase obrera y su condición de minoría al momento del golpe; incluso, en algunos trabajos, se destinan largos párrafos a examinar la experiencia con la Democracia Cristiana, con un gran sentido autocrítico.¹⁹ Pero, en lo esencial, hay un matiz de diferencia: no existe el énfasis que el PCI pone, por ejemplo, en la cuestión de la mayoría. No se plantea la identidad de los términos de fuerza y consenso. Por el contrario, se postula incluso que a falta del consenso es posible —y necesario— recurrir a la fuerza, y se agrega que correlación de fuerzas no supone mayoría. El propio Luis Corvalán señala, en su informe al Pleno del PC en 1977, que “correlación de fuerzas favorable no es sinónimo de mayoría”, sino de mayoría activa, y postula a continuación que una correlación de fuerzas favorable puede corresponder a otros factores como “la moral de combate, el nivel de organización, la capacidad de movilización, la homogeneidad del pensamiento de la coalición y, obviamente, de una manera relevante, el componente militar”.²⁰

Tal relativización del papel de la mayoría y la consiguiente reivindicación de la línea también en estos términos, predomina en la izquierda durante un buen período. Más recientemente tal tendencia ha comenzado a variar, y existen una serie de trabajos que consideran la cuestión de manera diversa, poniendo el acento en dos aspectos: el problema de la transformación del Estado con sentido democrático y la concepción de la Unidad Popular como alternativa de izquierda. En alguna medida, tales tendencias buscan justificación en el proceso histórico reciente para una política unitaria de carácter estratégico.²¹ Pero no se puede decir que a estas alturas esta interpretación esté ya impuesta en la izquierda, que aún se mueve para su autocrítica en los marcos que hemos señalado.

¹⁹ Véase p. ej. Jaime Gazmuri, *Aprender las lecciones del pasado para conquistar el futuro*. Ediciones Nueva Democracia. Santiago, 1975. Una visión claramente opuesta en el libro de Carlos Altamirano, *Dialéctica de una derrota*, México, Ed. Siglo XXI, 1977.

²⁰ Luis Corvalán, *Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile*. Ediciones Colo-Colo 1977. p. 36.

²¹ Véase E. Correa “La necesidad de una nueva alternativa”, en *Resistencia Chilena*, núm. 20, julio de 1979.

En lo que respecta a la política de unidad antifascista, la izquierda chilena no tiene una sola posición. La que ha predominado hasta ahora en la Unidad Popular, es la de buscar una alianza estratégica con la DC, no sólo para derrocar a Pinochet, sino también para democratizar el país. Tal política no es plenamente compartida por el Partido Socialista, que preferiría una alianza puramente táctica y no pronunciarse respecto a la posterior, pero que ha aceptado una diversa formulación colectiva.

La posición del Partido Comunista se resume en tres proposiciones a la Democracia Cristiana, hechas en una declaración pública en septiembre de 1976: actuar unidos para derribar a la dictadura, buscar el consenso que permita una nueva institucionalidad democrática y constituir un gobierno en conjunto. Las tres proposiciones son la política del PC, que está, en todo caso, dispuesto a aceptar un entendimiento parcial sobre cualquiera de ellas. Esta propuesta ha sido en general compartida por otros partidos de la UP. Se entiende por cierto, y se ha hecho además la crítica, que ésta no es toda la política de unidad antifascista, sino que tras ella existe una concepción de la unidad de las fuerzas sociales y las distintas corrientes representadas por estos partidos. Pero la propuesta unitaria para un acuerdo Unidad Popular-Democracia Cristiana, se parece mucho a una especie de "compromiso histórico". Sus detractores la han calificado así; se trata de ver si realmente lo es.

Sin duda, entre esta postura y las del Gobierno de la Unidad Popular, hay una enorme diferencia. No hay que olvidar que en 1969, poco antes de la campaña presidencial, la propuesta de Radomiro Tomic y sectores de izquierda de la DC, de una alianza entre Unidad Popular y Democracia Cristiana (que su partido rechazó), cayó en el vacío entre los partidos de la UP. Claro está que las circunstancias históricas son diversas. Pero no se puede desconocer que la valoración de la DC que hoy hace la Unidad Popular, es también distinta.

Una segunda novedad está en la aceptación implícita de una fase democrática más o menos prolongada después de la caída de la dictadura. Así se desprende de la propuesta de un acuerdo institucional y de un gobierno en conjunto. La izquierda y el PC proponen, pues, un pacto de largo aliento.

Calificar la propuesta de "compromiso histórico" nos parece en todo caso aventurado: primero, porque ella no contiene un determinado modelo de formación social que se busca lograr con todas las fuerzas a las que se convoca; en otras palabras, no hay el llamado a un nuevo bloque histórico, sino sólo la proposición de una alianza, con objetivos precisos, por prolongado que sea el período que se le fija. En segundo lugar, hay la reserva expresa en cuanto a los objetivos finales que el Partido Comunista persigue: los comunistas, se dice, "no le pedimos a

nadie que modifique sus principios, así como nosotros no modificamos los nuestros".²²

Este punto nos lleva de lleno al tercer tema, es decir, a la concepción de la democracia y su vinculación con el socialismo. Porque en términos simples, "no renunciar a sus principios", significa para el Partido Comunista de Chile, no renunciar a imponer la hegemonía de la clase obrera por medio del establecimiento, cuando las condiciones lo permitan, de la dictadura del proletariado. En otras palabras, la propuesta de alianza estratégica no encuentra correlato en la elaboración teórica, que se sigue adhiriendo a las tesis que sustentaba antes del golpe.

Si bien en otros partidos el tema ha sido bastante más debatido, aún no se ha dado el caso de un partido de la izquierda (nos referimos a los de inspiración marxista) que renuncie explícitamente a esta concepción ortodoxa. En este plano, la influencia eurocomunista, que sí está presente en las concepciones que se manejan en el debate y plantean con fuerza la necesidad de revisar los conceptos de fondo, tiene aún que expresarse de modo orgánico.

En todo caso el debate está ya lanzado desde hace tiempo. Las discusiones que en los últimos meses han envuelto a la izquierda chilena y que plantean la necesidad de una renovación profunda en su pensamiento y acción, se irán haciendo seguramente más urgentes en la medida en que la lucha por la democracia avanza en ese país y se va haciendo más necesario tener respuesta para las múltiples interrogantes que la propuesta democrática de la izquierda plantea. De allí que un juicio definitivo sobre la incidencia de éstas y otras ideas sea prematuro. La renovación ideológica y política de la izquierda chilena está aún por producirse de modo orgánico. En ella influirán, desde luego, las grandes corrientes que se mueven en el pensamiento marxista contemporáneo. Más aún, el exilio de muchos de sus dirigentes y el consiguiente contacto con muchas de estas ideas de modo directo, garantiza que esa influencia se producirá. Es de esperar, claro está, que ella no sea tan intensa como para impedir ver con claridad la propia realidad, que es, a fin de cuentas, la principal fuente de inspiración de los verdaderos revolucionarios.

²² Declaración del Partido Comunista de Chile, marzo 1978. Reproducida a mimeo, p. 7.